

ON

NATURALEZA DEL CONOCIMIENTO HUMANO. EL SIGNIFICADO DE LA ABSTRACCION EN SANTO TOMAS

I

EL CONOCIMIENTO HUMANO EN GENERAL

1. — El conocimiento humano

La aprehensión del conocimiento humano es única y difícil en orden a comprender su auténtica esencia.

De aquí que las graves desviaciones filosóficas tienen su origen, en su mayor parte, en una falsa concepción del conocimiento. Se lo reduce a una imagen o a un esquema, y se desconoce y deforma el verdadero origen de las ideas, a las que se les otorga muy diversas y hasta contrarias significaciones, se desconoce o deforma el verdadero alcance del conocimiento sensitivo e intelectual y hasta se los confunde como si fueran el mismo conocimiento bajo diferentes aspectos.

De este modo se cae ya en un racionalismo, puramente espiritualista, ya en un empirismo puramente sensista y materialista, ya en un formalismo apriori constructivo del objeto y no aprehendente del mismo como ser trascendente. Con todas estas y otras deformaciones, el conocimiento humano no es comprendido en su verdadero alcance, tanto en lo que hace a la sensación, como al concepto y al juicio de la inteligencia.

El error fundamental de todas estas desviaciones gnoseológicas reside principalmente en el desconocimiento de la abstracción, substituida de diversas maneras para explicar el origen y naturaleza del concepto, que deforman su verdadera esencia y con ello también el conocimiento intelectual en general.

Porque una vez que se desconoce el nexo esencial que vincula la intuición sensitiva con el concepto intelectual para conferirle su auténtica objetividad, las explicaciones son múltiples y caen en diversas y hasta opuestas desviaciones: desde la negación del conocimiento intelectual mismo —empirismo—, hasta la exaltación espiritualista —racionalismo—, ya a la manera platónica (intuición de las ideas) ya a la manera cartesiana (origen divino de las ideas)—, o un formalismo intelectual, que reduce los conceptos a una forma vacía de contenido objetivo, con una materia puramente sensitiva.

Algunos filósofos actuales, que están de moda, han llegado a negar la realidad de Dios y del hombre y de las cosas, en un nihilismo, que niega la

validez de todo conocimiento. Incluso hay quien ha querido sustituir la realidad humana por una creación puramente artística o fantástica, carente de toda auténtica realidad —nihilismo fenomenista—.

2. — Importancia del tema del origen y naturaleza del conocimiento humano

De allí la significación que tiene la determinación del verdadero alcance objetivo, de sus límites y del constitutivo esencial del conocimiento humano, que es la inmaterialidad en sus diversos grados, según veremos más adelante (cuarta parte).

Diríamos que la solución de este complejo problema del conocimiento, del análisis de todas sus facetas, depende toda la filosofía. Porque, bien centrada en su objeto formal propio, mediante la abstracción, la inteligencia es capaz de develar los múltiples aspectos de la realidad y dar solución a los múltiples problemas de la filosofía.

3. — Aproximación a la aprehensión de la verdadera esencia del conocimiento

Cuando dos o más objetos materiales se unen, forman un compuesto, ya substancial, ya accidental.

En cambio, en el conocimiento el acto cognoscente del sujeto y el objeto no se unen para formar un compuesto, sino que permanecen distintos el uno frente al otro. Porque el conocimiento aprehende algo que está frente a él —un obiectum—. El objeto está en el seno del acto del conocimiento, pero sin identificarse con él, al contrario, como algo distinto de él. Esto es lo que constituye la llamada intencionalidad del conocimiento y que tanto Santo Tomás como E. Husserl han captado y descripto con precisión¹.

En el acto de conocimiento —noesis— está presente, en el sujeto del conocimiento, como distinto y frente a él el objeto —objectum o noema—. No se concibe el conocimiento sin esta intencionalidad, sin esta relación intencional de sujeto y objeto, identificados en el acto de conocer, pero como distintos entre sí. La intencionalidad es esencial al conocimiento. "Intelligens in actu est intellectum in actu", "el acto de entender es el objeto entendido en acto", dice Santo Tomás, ambos están identificados en un mismo acto, pero como realmente distintos entre sí, es decir con una identidad intencional, que cubre una dualidad real.

Se ve que el conocimiento se constituye por algo inmaterial, como lo expondremos ampliamente luego (cuarta parte), porque si fuese, material, sujeto

¹ Cfr. OCTAVIO N. DERISI, *Santo Tomás y la Filosofía Actual*, CXX: "El ámbito del objeto de la fenomenología en Ed Husserl y Crítica Tomista al método fenomenológico", p. 241, Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 1975.

y objeto se unirían en un compuesto, en el que cada uno sería una parte substancial o accidental de un todo; no se darían en el mismo acto como realmente distintos: sujeto y objeto.

La segunda nota del ser material es que cuando un elemento es determinado por otro, éste es recibido por aquél de una manera pasiva. El ser material sólo puede ser determinado pasivamente.

Ahora bien, en el conocimiento el objeto determina al sujeto, pero éste no recibe la determinación pasivamente, como algo que lo transforma, sino activamente. El sujeto recibe la determinación del objeto, pero no de modo pasivo, sino activamente, en un acto en que da cabida o existencia al objeto, como objeto u otro ser, como distinto del propio acto cognoscente. En el acto del sujeto hay existencia propia del acto cognoscente subjetivo y a la vez existencia para el objeto conocido, que es recibido en el mismo acto del sujeto, pero como realmente distinto de él: como ob-jectum, como algo que está delante de él en la inmanencia misma del acto cognoscente.

Se ve que el conocimiento no se constituye de un modo material sino inmaterial.

Por eso los grados del conocimiento, según veremos luego en la cuarta parte, se constituyen por los grados de la inmaterialidad. La dualidad intencional de sujeto y objeto, propia del conocimiento, se perfecciona y eleva a medida que se acrecienta su grado de inmaterialidad.

Pero advirtamos, contra Sartre, que no se trata de una inmaterialidad material, de una pura destrucción o negación de la materia, sino de una supremacía y superación de la misma, de una realidad esencialmente superior e irreductible a la materia².

4. — El conocimiento de los sentidos externos

El hombre comienza su conocimiento por los sentidos externos.

El acto de este conocimiento es intuitivo, es decir, aprehende el objeto existente inmediatamente —sin imágenes intermedias— tal cual él es. La realidad trascendental se hace presente en él inmediatamente, sin intermediarios, pero sólo bajo uno de sus aspectos formales.

Estos aspectos aprehendidos por los sentidos son los objetos formales de cada uno de ellos, es decir “lo que primeramente y como tal”, “*per se primo*”, como dice Santo Tomás, aprehende cada uno de ellos.

² Cfr. OCTAVIO NICOLÁS DERISI, *Santo Tomás y la Filosofía Actual*, C. XXVIII, “Dos concepciones antagónicas del Ser: Sartre y San Tomás. La inmaterialidad nihilista y la inmaterialidad realista”, p. 327 y sigte., Universidad Católica Argentina, Buenos Aires, 1975.

Este objeto material, común a todos los sentidos, es aprehendido por la vista, bajo el cual aprehende el sentido correspondiente.

Este objeto material, común a todos los sentidos, es aprehendido por la vista, como objeto formal, en cuanto coloreado y luminoso; por el oído en cuanto sonoro; por el tacto, en cuanto extenso; por el olfato, en cuanto oloroso y, por el gusto, en cuanto sabroso.

Algunos psicólogos admiten otros sentidos externos, como el que aprehende el movimiento y también el que capta el frío y el calor. Pero esto no interesa a nuestro tema. Lo cierto es que cada sentido externo tiene su objeto formal.

El conocimiento sensitivo externo en cuanto intuitivo es el más perfecto, y por eso es que más impresiona inmediatamente al hombre. "Homo in pluribus in sensibilibus est", "el hombre está habitualmente en las cosas sensibles", dice Santo Tomás. A ellas se dirige habitualmente, precisamente porque su aprehensión es más directa, fácil y fuerte.

La intuición supone: 1) la captación inmediata, sin intermediarios del objeto, 2) la aprehensión del mismo tal cual es en la realidad y 3) la presencia real del objeto en el conocimiento.

Todas estas notas se dan en el conocimiento de los sentidos externos, la vista, el oído, el olfato, el gusto y el tacto.

En cuanto conocimiento o aprehensión de un objeto, el sentido externo supone cierto grado de inmaterialidad, de lo contrario no podría darse la intencionalidad cognoscitiva del objeto-sujeto.

Pero este conocimiento supone también los órganos materiales; se trata de un conocimiento material con un mínimo de inmaterialidad para que se de la intencionalidad mencionada de sujeto-objeto, la aprehensión de un objeto distinto del sujeto en el acto cognoscitivo.

Pero la intervención del órgano material hace que la intencionalidad o dualidad de sujeto-objeto en el acto sensitivo no sea enteramente consciente. Se trata de una dualidad vivida —"exercita"—, pero no aprehendida expresamente como tal —"reflexa"—.

La razón es que la intervención de la materia —que es pura potencia o no-ser del ser— impide el acto expreso de aprehensión de sujeto y objeto como ser y, como tales, expresa y realmente distintos.

En los sentidos el objeto está presente en el sujeto, pero no refleja o explícitamente: ellos perciben el objeto del sujeto en una dualidad intencional vivida, pero sin llegar a de-velar expresa o conscientemente esta dualidad. Para ello sería necesario aprehender el sujeto y el objeto como ser; y el ser, como tal, no es material y, por ende, no es aprehensible formalmente por los sentidos, a causa de la materia que sumerge el acto de ser en su penumbra.

En el objeto formal de los sentidos —lo coloreado, lo sonoro, etc.— está presente el ser, de lo contrario no sería objeto real, pero sin ser percibido o aprehendido en su formalidad de ser, expresamente como tal.

Sólo la inteligencia, veremos enseguida, es capaz de develarlo o ponerlo de manifiesto por la abstracción, a partir de los datos inmediatamente dados en los sentidos, en los que está dado sin ser de-velado; precisamente porque la intelección es un conocimiento enteramente inmaterial, es decir, dotado de una inmaterialidad perfecta por la abstracción.

5. Los sentidos internos

Además de los sentidos externos, que aprehenden intuitivamente la realidad material externa bajo sus diversos aspectos formales, el hombre posee cuatro sentidos internos: la imaginación, la memoria sensitiva, el sentido común y la vis cogitativa o instinto, que reproducen total o parcialmente los datos de los sentidos externos.

La imaginación reproduce en imágenes los datos sensitivos de los diversos sentidos. Puede tomar sólo algunos aspectos e incluso combinarlos entre sí.

Intimamente vinculada a la imaginación está la memoria sensitiva, que recuerda los hechos concretos aprehendidos por los sentidos. Se trata de una memoria que no trasciende los datos materiales, que no llega a reproducir ideas o conceptos de la inteligencia, que están por encima de los sentidos. Se trata de una memoria de hechos acaecidos en el plano de la materia.

El sentido común es un conocimiento que reúne los datos de los sentidos externos; un objeto material es aprehendido en la unidad de sus aspectos: el olor, el sonido, etc., vg., la percepción de una naranja.

La vis cogitativa o instinto, que en los animales superiores es la vis aestimativa, está en el confín de la vida sensitiva, en contacto inmediato con la inteligencia y percibe lo que es conveniente o útil al individuo. El instinto, sin experiencia anterior, confiere la visión y la acción que es buena o mala para el individuo. Así en un peligro, vg. frente a una fiera, el hombre huye y evade las dificultades, casi sin pensarlo.

Los animales poseen sentidos externos e internos. Los superiores poseen todos los sentidos externos e internos, así el perro o el caballo.

Otros animales carecen de vista o de oído. Algunos sólo poseen el tacto. Por eso cuando se llega a este límite es difícil distinguir entre la sensibilidad —sentido— de un animal, de la irritabilidad —tropismo— de una planta.

En los animales superiores, como el perro, por ejemplo, algunos sentidos internos están muy desarrollados. Así la memoria que le hace recordar a las personas, el camino, etc. En estos casos la memoria de los animales comprende no sólo los hechos de la vista, sino también del tacto y mucho del olfato.

Otro tanto sucede con la vis aestimativa o el instinto de los animales. Precisamente porque carecen de inteligencia, el instinto en los animales superiores está mucho más desarrollado que en el hombre.

(Continuará)

MONS. DR. OCTAVIO N. DERISI